

## INTRODUCCIÓN

Al introducir el cuaderno del número 6 de *Fuego y Raya*, con el que iniciamos la publicación de una serie de artículos sobre la democracia cristiana, anticipamos que dedicaríamos varios números a la materia que, por su importancia, embarga (pues en verdad grava) el pensamiento político católico contemporáneo. Danilo Castellano, en ese número, hizo la presentación de la cuestión con extraordinaria fineza y rectitud doctrinaria.

Siguieron después varios trabajos en los que se trataba de las cuestiones nacionales: la democracia cristiana en Italia (Samuel Cecoti), Francia (Christophe Réveillard), España (Miguel Ayuso), Brasil (Marcelo Andrade y Ricardo Dip), Perú (César Félix Sánchez Martínez), Méjico (Velasco Barba), Chile (José Díaz Nieva y Mario Valdés Urrutia) y Argentina (Juan Fernando Segovia).

Hoy concluimos los números temáticos con tres nuevas colaboraciones, sobre Colombia (Juan David Gómez Rubio), Portugal (Luis Andrade dos Santos) y los Estados Unidos de Norteamérica (John Rao). El primero de los trabajos nos muestra, desde la perspectiva neogranadina, las muchas caras que la democracia cristiana tuvo en su devenir, que ya hemos podido observar en textos anteriores, especialmente esa evolución del personalismo (o humanismo integral, que para el caso es lo mismo) desde un democratismo liberal a otro socialista, desde una defensa de los derechos del hombre hasta avalar las pretensiones abortistas y las aberraciones sexuales de nuestros días. La visión

personal del autor resulta sumamente interesante a la hora de hacer el balance de lo que nos ha dejado la democracia seudo cristiana.

En el caso de Portugal, vemos a la democracia cristiana encerrada por la situación política del país (en especial, la herencia del gobierno de Salazar) y la cambiante posición de la Iglesia (tras el Vaticano II) en materia política. Tironeada de ambos costados, la democracia cristiana portuguesa exhibe lo que las otras: un ideario político acomodaticio, en el que juegan un rol importante las ambiciones políticas personales y la exigencia de ser tan democráticos, o más, que los demócratas. En cuanto a los Estados Unidos de Norteamérica, la conjunción de americanismo con el liberalismo del P. John Courtney Murray y Jacques Maritain, y las nuevas directivas conciliares en materia doctrinaria, dan a la política católica norteamericana un sesgo singular, que algunos han querido presentar como el modelo apropiado para una sociedad laica tolerante, pluralista, dable de imitar por los católicos de todos los lugares. Sin embargo, el severo examen de Rao prueba lo contrario: se ha profundizado la doctrina liberacionista de cuño liberal –que estaba ya en los Padres Fundadores– hasta el extremo de la descristianización de la sociedad y la política, dando por tierra con cualquier pretensión de renacimiento católico.

Sin alargar en demasía esta presentación, La Dirección cree oportuno un sucinto balance. La democracia cristiana, en todos lados en donde existió y existe, ha sido y es la encarnación de una política anticristiana que, lejos de realizar el Reino de Cristo en lo socio-político, profundiza el reino de la democracia, esto es: el estatismo y los derechos humanos cada vez menos humanos y más torcidos.

Así fue vista por los mejores pensadores, por las más claras cabezas católicas en diferentes tiempos: la sección «Documentos» de *Fuego y Raya* lo ha abonado con textos de Leopoldo Eulogio Palacios (España), Gustavo Corção (Brasil), el P. Osvaldo Lira (España y Chile) y, ahora, con uno de Frederick D. Wilhelmsen (Estados Unidos). Sabrá el lector aprovecharlos.

LA DIRECCIÓN